

IRIS



Núm 197

BARCELONA, 14 FEBRERO 1909

25 CÉNTS

Ayuntamiento de Madrid



LA SEMANA

Constituyen la nota culminante de estos primeros días de febrero las novedades teatrales registradas en Madrid y Barcelona, allí con el debut de las señoritas D' Arneiro y Borisoff y el tenor Signorini, y aquí con el resonante, estrepitoso, fenomenal y piramidal exitazo logrado por el nuevo tenor Manuel Utor, que después de una representación de *L' Africana* en el Liceo, se ha dejado oír en Noveidades.

El Sr. Utor, antiguo *pescatore di moluschi*, —ya que no de perlas,— posee una voz maravillosa, prodigiosa, pasmosa, inaudita, y la hace valer, por ahora, con la natural inexperiencia de un novato, aunque bien se echa de ver que no tardará mucho en cantar como el más pintado, según lo que va ganando de una salida á otra.

El entusiasmo con que ha sido recibido por el público de Barcelona no tiene precedentes; cada *Africana* es literalmente el *dislogue*, y desde las nueve de la mañana se forma cola en la taquilla para adquirir localidades, hasta que, por la noche no es raro vayan á garrotazo limpio los que esperan turno.

El Sr. Utor pasará en breve á Italia á perfeccionarse en su nuevo arte, pudiendo tenerse la seguridad de que habrá de figurar con el tiempo entre los más ilustres tenores del pasado y del presente.

Menos divertido que eso es la cuestión del pauperismo, que va adquiriendo proporciones alarmantes, juntamente con sus secuelas, y más aun, tal vez, en Madrid que en otras partes. Ya se dan casos de morirse de hambre las gentes, lo cual sí puede pasar en Londres, donde al parecer se registran diez defunciones diarias por inedia, es inconcebible en un país que blasona de hidalgo y dadivoso como el nuestro.

No se sabe porque, los pobres se resisten á toda costa á ingresar en los Asilos, á pesar de ser estos un refugio que parece debería atraerles para librarse del hambre y del frío. Y cuando tales repugnancias se engendran, bien merecería que los que están en el deber de hacerlo pusieran en claro de qué dimana la cosa.

Pasando ahora al terreno de las bellas artes, hay que deplorar dos tremendas calamidades: la primera es que por disposición del actual director del Museo del Prado se ha procedido al embarnizamiento, embadurnamiento ó tiznamiento de las *Meninas*, dejando el lienzo hecho un adefeso; la segunda es el inminente derribo de la preciosa *Casa de la Infanta*, de Zaragoza, uno de los más peregrinos ejemplares de nuestra arquitectura plateresca.

Como decían los periódicos del antiguo régimen: «Hechos como este no necesitan comentarios.»

El Sr. Silveira, no queriendo se le acuse de improvisor, ha onestado á la firma de S. M. un real decreto concediendo al futuro vástago, segundo hasta ahora, de SS. AA. RR. los serenísimos Príncipes de Asturias D.^a María de las Mercedes y D. Carlos, el Toisón de Oro y las grandes cruces de Carlos III y de Isabel la Católica, si es varón, ó bien la banda de Damas Nobles de María Luisa si es una infanta hembra, como hubiera dicho el primer marqués de Pidal, —padre del actual.

Asusta pensar en las consecuencias que hubiera podido tener la omisión de la precaución tomada por el autor ilustre de *La Filocelia*.

Al escribir estas líneas habrá empezado ya la vista de la causa de la calle de Fuencarral (n.º 2); la cosa promete dar lugar á grandes emociones, y no es de extrañar por lo tanto que haya sido tan extraordinario el pedido de localidades, que en un país práctico podría convertirse en una pingüe fuente de ingresos. Sabido es, en efecto, que en el Estado del Arizona (Estados Unidos) se paga por ver las ejecuciones, con no escaso provecho para el Tesoro público.

Es una idea á *meditar*, como dirían los elegantes escritores que ponen ahora títulos á *atacar la gramática* á sus artículos.

Según una estadística recientemente publicada por los periódicos se han registrado en España 7000 suicidios desde 1886 acá; la cifra no puede ser más aterradora, pero desgraciadamente, se explica bien, sin necesidad de ahondar mucho.

ARGOS

EL CABALLERO PINI

Brillantísimo resultó el asalto de armas con que la Sociedad de Profesores de Esgrima de esta capital obsequió á su colega el Cav. Pini el día 2 del corriente en el Teatro de Novedades.

Después de verificados algunos aplaudidos asaltos y cuando ya se habían agotado casi todas las combinaciones de tiradores, presentóse el gran maestro, recién llegado de la corte, el cual, con su habitual sonrisa «bon enfant», como la califica con propiedad Saint Aubin, habló á sus amigos en la siguiente forma:

—Acabo de llegar, como ven, y les suplico la indulgencia; estoy con ustedes dentro de cinco minutos.

Era tanto el deseo de verle, que el público esperó impacientemente por espacio de quince ó veinte minutos, hasta que por fin apareció la atlética figura del gran tirador con su especial florete y su buen humor característico.

Tiró con el profesor señor García un asalto de mucho juego, que pareció sorprender un tanto al tirador italiano, por la acometividad de su adversario.

Esgrimió después su «fierro» con Cuxac en un asalto completamente clásico y comedido, y, por fin, tiró con Alessón, en el cual halló un contrinante bien preparado y con una finura de mano y

vista poco comunes, por lo cual acertó una estocada por medio de un fingimiento (uno-dos) admirable. Thámier, como siempre, fino y delicado,

hizo dos lucidos asaltos, á sable uno con el señor Oadorra, y el otro con el profesor Puig, mostrándose admirable en su veloz manejo.

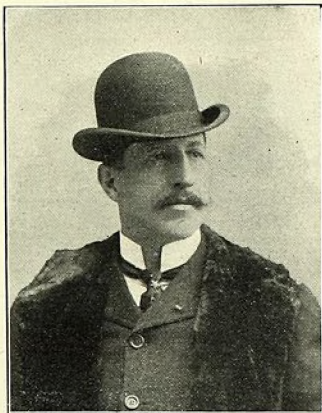
El Cav. Pini tomó luego el tren para París, y apenas llegado al hotel Bade, donde reside lanzó un reto público á sus enemigos personales diciendo: «El que quiera algo conmigo, aquí me encontrará dispuesto». Parece que recogió el guante M. Merimac y que el encuentro se verificará en Madrid.

El espectáculo será interesante y acudirá á presenciarlo mucha gente.

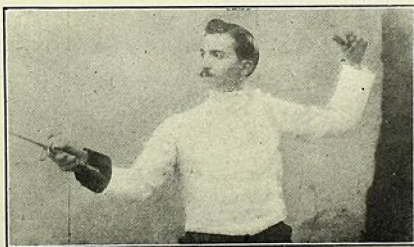
Después de este encuentro, los dos maestros de esgrima recorrerán, acompañados de los señores Afrodísio y

Carbonell, las más importantes ciudades de España, ejecutando asaltos públicos, de modo que estos espectáculos ofrecerán interés en Barcelona, Valencia, Alicante, etc.

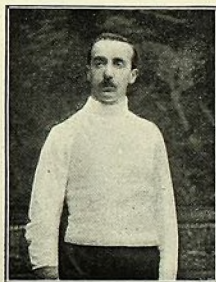
Nunca se podrá celebrar la afición que va cundiendo en España hacia un *sport* tan elegante, conveniente y distinguido como la esgrima, aparte de su importancia higiénica.



EL CAV. PINI



D. EDUARDO GARCÍA



EL PROFESOR ALESSÓN



TAL PARA CUAL

Muerto, el esposo de Adela,
su vida se desconocía,
en su desgracia, al pensar.
Sin el esposo adorado
que bajó al sepulcro helado,
vida triste ha de pasar!

A íntimos y conocidos,
con ojos enrojecidos,
mústia y pálida la tez,
habla siempre del difunto,
y lágrimas tiernas a punto,
para llorar su viudez.

—¡Era, de esposos, modelo!
No tenía más subelo
que estar siempre junto a mí!
—¡Ay, Antonio de mi alma!
¡cógito se fue mi calma
y no hallo dicha sin tú!

—¡Al pensar cuanto adorabas
y con que mimo tratabas
a tu infeliz mujer
se destroza el alma mía,
pues eras tú mi alegría,
¡llenabas todo mi ser...!

Y haciendo nuevos extremos:
—¡Muy pronto nos reuniremos!
¡cuan! —¡Te seguiré yo!
pues pérdida tan horrible,
me hace la vida insufrible
y no la soporto... ¡no...!

Como, yo, trataba a Antonio
y se que, ni aun el demonio



se le pudo comparar.
al que tope más vecino,
dije: —¡En verdad, no adivino
porque, Adela, ha de llorar!

—¡Eslavo del niño ciego,
Antonio, hebo un bota-fuego,
¡jamás respetó mujer...!
—¡A su esposa despreciaba
y, en las agenas, buscaba,
—mas que el amor, el placer!

—Tuvo amantes hechiceras,
—¡amas, modistas bo'eras,
rubias, morenas con sal...
—pues es publico y notorio
que recorrió, cual Tenorio,
toda la escala social...

—Hasta se da por seguro
que, frutos de amor impuro,
—dos niñas dejó también...
y en mi vida he comprendido
cómo, la esposa, al mal'ido
no armaba ningún belén...

—¡Con razón, la triste Adela,
—dijo él, —se desconocía,
que su esposo desical,
la cubría de diamantes...
y ella tuvo cien amantes
pues eran tal para cual...!

¡Como Adela, hay mil mujeres
que, pensando en los placeres,
llevan en poco el amor
y, por un puñado de oro,
sacrifican su decoro,
su dignidad y su honor!

E. B.



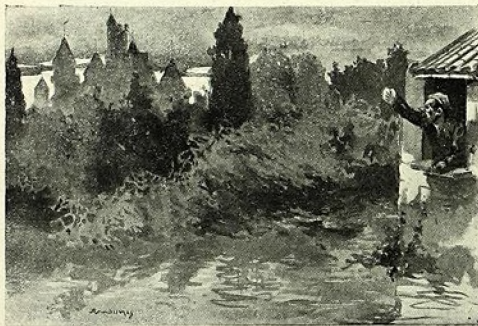
EL PRINCE ENRIQUE ANTE EL JUEZ GASCOIGNE, cuadro de Clindoni

EL MENDIGO

I

Todas las tardes, cuando volvía de la ciudad, y momentos antes de penetrar en su miserable cova-cha, no podía menos de dirigir una mirada de odio hacia el hermoso palacio que allá muy lejos se alzaba, soberbio é imponente en medio de la vasta llanura sembrada de corpulentos pinos y cruzada por multitud de murmuradores arroyuelos. Algunas veces su brazo derecho se levantaba en actitud amenazadora y de sus secos labios salía una horrible blasfemia dicha en un tono capaz de estremecer al hombre más sereno de corazón.

Odiaba sin causa alguna, nada más que porque sí, por esa fuerza desconocida que apoderándose del



alma de aquellos seres desgraciados que sufren oprimidos por su propia miseria, les arrastra á maldecir todo cuanto sus ojos ven y su entendimiento ruin considera como poseedor de una felicidad que á ellos les falta y que en su triste infortunio hacen responsable de sus penas y dolores.

Allí, en aquel magnífico edificio habitaban los riquísimos duques de C, padres de una preciosa niñita de seis años que muchas veces había visto él corretear por la llanura, seguida de cerca por una doncella, que más que servien-

ta parecía una señorita de la ciudad á juzgar por sus maneras y su traje.

A veces hubo de aproximarse solicitando una limosna, pero la criada le despidió secamente y en cuanto á la niña huyó asustada de su aspecto, tomándole acaso por un malvado saltador de caminos, por lo que la señora le ordenó, si bien después de socorrerle, no volviera más por aquellos alrededores.

Era un desdichado, un infeliz medio enfermo y, sin embargo, en vez de compasión solo inspiraba espanto.

Se le arrojaba como á un perro vagabundo, y, en verdad, ¿qué diferencia había, á los ojos del mundo, entre el can miserable y él? Ninguna, absolutamente ninguna. El, si se iba á mirar, era todavía más desgraciado, pues el uno tenía la ventaja de no poder apreciar su infortunio, su fatalidad, mientras que él, aunque inculdo, era hombre y su inteligencia tosca le hacían ver aun más horribles las negruras de su existencia.

¡Triste pária!

II

Una tarde, la curiosidad, el deseo que sentía de contemplar la grandiosa posesión de los que consideraba como sus enemigos, le hizo olvidar por un instante la prohibición que se le había impuesto y lentamente y con sumo cuidado se fué acercando á aquellos lugares sagrados.

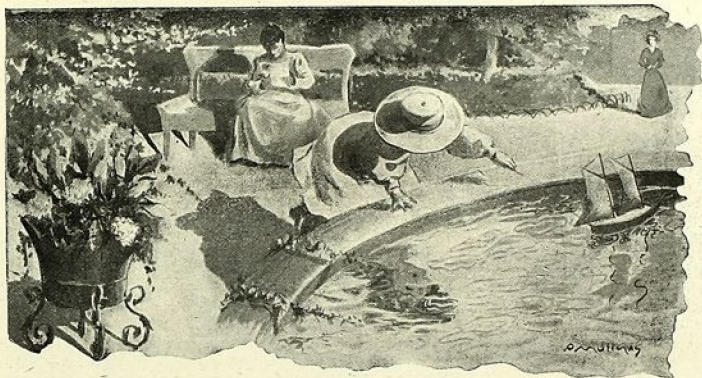
De repente, y cuando ya estaba próximo á ellos, se detuvo, dejando escapar una exclamación de sorpresa.

A muy pocos pasos de allí se encontraban la orgullosa señora, la altiva sirvienta y la chiquitina.

La primera leía tranquilamente sentada sobre el verde fresco de la pradera, mientras la segunda cuidaba de la niña, ocupada en botar un precioso barquito en la pequeña laguna del jardín.

El mendigo contempló lleno de envidia aquel cuadro tan feliz y tan hermoso y su alma avara de tranquilidad vibró á impulsos de una impresión extraña.

¡Oh! ¡Qué dichosos eran aquellos seres! ¡Cómo se conocía que ignoraban lo que era la pena, la miseria, la fatalidad, el odio, la desesperación, el olvido! Todos esos compañeros inseparables del desgraciado exposito de la fortuna. No, ellos no tenían ni la más remota idea de semejantes personajes. ¡Ah! Si los conocieran, no estarían tan tranquilos, sobre todo aquella señorona tan elegante y tan puesta de alhajas; pero no, esos señores no los había hecho Dios, ó quien fuese, nada más que para perseguir al pobre, el rico estaba libre de tamaños amigos.



Un grito que indicaba una infinita angustia interrumpió el monólogo del miserable y un nuevo cuadro completamente distinto del primero vino á herir su pupila de lobo.

La niña, en un descuido de la doncella, había rodado á las aguas del lago y agitando sus pequeños bracitos pugnaba por escapar de aquella muerte que tan traidoramente le sorprendía.

La madre llena de terror pedía socorro, mientras la muchacha corría hacia el lejano palacio.

El mendigo miró aquel espectáculo con curiosidad y una sonrisa de placer salvaje se dibujó en su duro semblante, pero de pronto al ver al pequeño angelito que ya casi sin fuerzas se iba á dejar arrastrar al fondo de aquella tumba horrible, se estremeció y arrojando lejos de sí la gruesa cayada que le servía de apoyo dió un prodigioso salto yendo á caer entre las revueltas aguas del estanque.

Tras algunos instantes de lucha logró hacerse de la desdichada criaturita y un segundo después la dejaba jadeante en los temblorosos brazos de la atribulada madre, que la cubría de besos y lágrimas de alegría.

Ligero como si huyese de un tremendo delito procuró alejarse de aquellos lugares acercándose á su miserable choza.

Una vez á la puerta de ella se detuvo y volviendo la cabeza en dirección del palacio lo contempló durante algunos momentos, hasta que alzando su nervudo puño hizo un tremendo gesto de amenaza yendo á ocultarse luego en el interior de la covacha.

F. ROSERO DE SEGURA



EL MACALISTER CHICO

El caso es que si las viejas pensaban así de él, algunas jóvenes, atraídas por la simpatía que Cubiléz inspiraba, hubieran dejado que se las lle-

Era Fermín Cubiléz (a) el *Macalister chico*, un hombre habilísimo para realizar juegos de prestidigitación.

Desde muy niño mostró repugnancia verdadera hacia toda clase de estudios, y únicamente las ciencias mágicas y los misterios del escamoteo y de la adivinación preocuparon su espíritu, importándole tres cominos (tres nada más) el adagio vulgar que dice: «Juegos de manos, juegos de villanos.»

A los ocho meses de edad ya le había escamoteado a su nodriza un collar de monedas y le había transformado en veneno el jugo lácteo, sin que ella lo notase.

A los quince años había hecho desaparecer de un armario de su madre doce cubiertos de plata con sorprendente limpieza. Porque, eso sí, Cubiléz era tan aseado como listo.

Y a los veintiseis años se ganaba la vida mostrando su habilidad de pueblo en pueblo, poderosamente auxiliado por una labia y un gracejo que producían entre sus espectadores verdadero encanto.

Más de cuatro viejas aseguraban que el *Macalister chico* tenía los demonios en el cuerpo y hasta



vasen los demonios, siempre que estos fueran los que se hospedaban en el prestidigitador, quien, por su parte, era un hombre mujeriego si los hay (que no deja de haberlos) y un tunante de tomo y lomo.



no faltaba quien afirmaba que se los había visto; si no todos, una buena parte de ellos.

llacándida se alborotasen mujeres y chicos, viejas y mozos, deseando por momentos que llegase la

Para los rústicos habitantes de Villacándida, la presencia de un jugador de manos en la localidad era un gran acontecimiento. Los villacándidos no conocían más escamoteos que los que en el Ayuntamiento se verificaban en tiempo de elecciones, ni habían visto manejar más naipes que los que inutilizaban en la taberna para jugar al *mús* y que, á fuerza de años de servicios, más que naipes parecían cuarenta cortezas abarquilladas de tocino rancio.

No es chocante, pues, que al solo anuncio de la llegada del diabólico Cubiléz á Vi-

hora de ver y admirar al sobrenatural ilusionista.

Este visitó al alcalde para pedirle la correspondiente licencia, y el poseedor de la vara de la justicia recibió al de la varita de virtudes afablemente; pero más afable se le mostró la esposa de la autoridad, hermosa joven de ojos negros y carnes blancas á quien la presencia de Cubiléz hirió como un rayo en mitad del corazón.

El alcalde hubiera querido facilitar al prestidigitador el salón de la escuela, el zaguan de su casa, la cuadra del juez, cualquier local, en fin, á propósito para celebrar el espectáculo; pero se oponían dificultades á su realización y hubo que llamar en consulta á don Rufino Zapirón, el labrador más rico del pueblo y el que tenía mayor casa, cuyos amplios salones habían servido de teatro á más de cuatro cómicos de la legua, oradores políticos y familias descoyuntadas.

Como siempre, D. Rufino Zapirón resolvió el conflicto; y mientras Cubiléz preparaba sus trampas en casa del alcalde, auxiliado de cerca (pero muy de cerca) por la señora del mismo, el ricacho de Villacándida preparaba su domicilio para que á la función de prestidigitación pudiera asistir todo el pueblo.

Eran las nueve de la noche.



so experimentos ante la espectación general.

Mastuerzo había allí que estuvo con la boca abierta durante la velada y probablemente no la

habrá cerrado todavía. ¿Para qué detallar los mil juegos que hizo Cubiléz?

Baste decir que con los naipes, con los pañuelos, con los sombreros, con bolas, cajitas y monedas, con



todo lo que quiso, realizó maravillas estupendas. Pidió dos duros al médico y no se los ha devuelto aun.

A la esposa de D. Rufino Zapirón, que, dicho sea de paso, es una señora insoportable, la quemó dos pañuelos de batista... y quemados se quedaron para *in eternum*.

De un sombrero hongo hizo una plasta con inimitable limpieza, dejándolo inservible prodigiosamente.

De las narices de la boticaria extrajo, al solo contacto de la varita, un frasco de vino de quina ferruginoso.

De una caja de cerillas sacó un par de botas, una garrafa, dos enaguas y una pandereta.

Y adivinó sucesivamente á qué edad tuvo el sermión la abuela del secretario, el número de pelos que le quedaban al alcalde en el cervigni llo... y otra porción de datos, en fin, á cual más curiosos y difíciles de averiguar.

Faltaba la segunda parte del espectáculo. Después de los ejercicios de adivinación, había retirado Cubiléz á preparar más juegos y todos los espectadores habían salido al patio en busca de esparcimiento y de bizcochos.

Transeurrieron veinte minutos... media hora... una... y el artista, oculto aun, no daba señales de próxima continuación.

Don Rufino Zapirón, con impaciencia justificada, fué á saber en que consistía la tardanza de Cubiléz, y poco después regresó al granero, más muerto que vivo, gritando desafortunadamente:

— ¡Señores! ¡El jugador nos la ha jugado! Ya no está en casa.

Como una bomba cayó la noticia en medio de aquel granero repleto de espectadores que, sin esperar á más, se dirigió tumultuosamente en busca del fugitivo, capitaneados por el alcalde, cuya se-

flora había resuelto pasar á mejor vida del brazo del sugestivo prestidigitador.

Todas las investigaciones que llevó á cabo el pobre alcalde fueron inútiles. Lo que vió fué que de su arca faltaban mil pesetas y de su cuadra dos ligeros corceles, y que en casa de D. Rufino había quedado en el más triste abandono un cajón lleno de naipes, cubiletes, bolas, plumas, trapos, etc., y sobre todo ello nn papel manuscrito por el jugador, que así decí:

«Hago un juego esta noche
que me interesa
y es el escamoteo
de una alcadesa».

¡Esta era la mayor de las trampas que durante el día habían preparado Cabilétez y su hermosa cómplice!

De las pesquisas efectuadas por las autoridades después de tan sensacional suceso, apenas estoy enterado. Soló sé que á los quince días tornó á su

hogar la fugitiva, bastante estropeada, por cierto, y también me consta que, una vez averiguado el paradero del *Macalister chico* por D. Rufino Zapirón, éste le dirigió secretamente una carta concebida en los siguientes términos:

Villacándida... tantos... de tantos.

May señor mío y Macalister: Haga usted el favor de volver por esta su casa lo antes posible, á fin de repetir los juegos que tanto asombro causaron cuando estuvo usted aquí, pero venga usted animado de dos propósitos: realizar el escamoteo de mi señora (que Dios confunda), y que este sea definitivo, es decir, sin vuelta.

Mucho se lo estimaría á usted su admirador y amigo

Rufino Zapirón.

Creo inútil decir á ustedes que el *Macalister chico* no ha vuelto ni volverá á poner los pies, y mucho menos las manos, en Villacándida.

JUAN PÉREZ ZÚRIGA

LOS QUE TIRAN



El que tira mucho



Tira flechas



El que es capaz de tirarlo todo



Tirillas



El que tira muy poco



Uno que va tirando

EN EL PUERTO DE BARCELONA

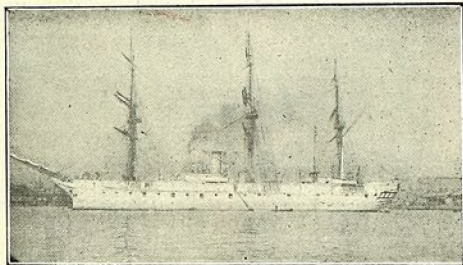
El día 31 del pasado á las dos de la tarde fondeó en el antepuerto y quedó amarrada frente á la caseta de Sanidad Marítima, la fragata de guerra alemana *Moltke*, procedente de Lirna.

Este buque, botado al agua en 1877, tiene su casco de hierro pintado de blanco en el exterior.

Desplaza 2.856 toneladas y mide 74 metros de eslora, 14 de manga y seis de puntal.

Sus máquinas desarrollan una fuerza de 2.500 caballos indicados, siendo su velocidad de 13 millas por hora.

Monta 16 cañones y 6 ametralladoras.



FRAGATA DE GUERRA ALEMANA «MOLTKE»

Su dotación consta de 466 hombres, al mando del capitán de navío Von Sommerverch.

Sirve de escuela de marinería y realiza un viaje de instrucción por el Mediterráneo. Permaneció en este puerto hasta el 8 de febrero.

Al fondear enarboló el pabellón español en el palo mayor, saludando á la plaza con una salva de 21 cañonazos, que le fué devuelta poco después por el castillo de Montjuich.

Algunos jefes y oficiales de esta Comandancia de Marina y del cañonero *Tejedor* pasaron á saludar al comandante del *Moltke*, habiéndolo efectuado más tarde el cónsul de Alemania, en cuyo domicilio ondeaba el pabellón imperial.

La presencia del crucero alemán atrajo mucha gente á los muelles, aumentando la animación que reina en ellos durante



DESCARGA DE MERCANCÍAS POR MEDIO DE LAS GRUAS

las horas de carga y descarga; horas de actividad verdaderamente vertiginosa, con aquel tráfico de carros, camiones y todo género de vehículos, y aquel zumbir de millares de voces, que recuerdan el de las laboriosas abejas en sus colmenas.

Con dicha ocasión pudieron muchas personas enterarse de las grandes é importantes obras que se están ejecutando en el muelle de Colón, el cual en breve quedará cerrado por una verja monumental, de igual manera que el de la Barceloneta.

A. O.



TRANSPORTES RODADOS



LA MANO MUERTA

LEYENDA TOLEDANA

I

Doña Laura de Aguilar
y Don Juan Gómez de Ampuero,
en la Corte se casaron
trasladándose á Toledo
para entregarse más libres
al logro de sus deseos,
ausentes de sus amigos
y alejados de sus deudos.

Mudáronse á cierta casa
tan á raíz de su dueño
Jejarla, y este lo hizo
con tal premura y secreto,
que no hubo de la mudanza
popular conocimiento.
También la desgracia quiso
que quien la habitó primero
fuese otra Laura, señora
tan amante de embelecos,
que siempre andaban por ella
tres ó cuatro caballeros
en nocturnas competencias
de amores y de celos.
Recién mudado se hallaba
Don Juan, cuando en su aposento
oyó llamar á la reja
con golpes breves y quedos;
acercóse y escuchó
que un hombre, asido á los hierros,

decía desde la calle
embozado y con misterio:
—Abre Laura, que ya se
que está durmiendo tu dueño,
abre, como hacer solías
antes de tu casamiento.
Pensó Don Juan ser su Laura
la Laura de aquel suceso,
que desde Madrid su amante
le iba los pasos siguiendo;
y, sin más indagaciones,
desesperado, colérico,
pues la cólera no deja
lugar al razonamiento,
salió á la calle y al hombre
cruzó con la espada el pecho.
Entró después donde Laura
se hallaba entregada al sueño;
despertola con enojo,
inrepolá con denuedo,

y no hallando en la sorpresa ni en su estado soñoliento, ella, razón que pusiera su virtud de manifiesto, calló y lloró, porque el llanto, roto del dolor el freno, abrió la válvula por donde se escapó su sentimiento. Don Juan pensó que aquel llanto confirmaba su recelo y convirtiéndose su amor, por ser grande, en odio inmenso, por la pasión humana es un ímpetu violento, que aplica su intensidad a los mayores extremos, y, enarbolando la daga, la hundió en el amado cuerpo, destruyendo a un tiempo mismo, su amor, su afrenta y sus celos.

II

Volvió Don Juan a Madrid, donde vivió recatado al saber que la justicia le iba siguiendo los pasos; y, oculto permaneció en la casa de su hermano, mientras éste al Rey pedía perdón de aquel hecho infame, donde más bien que maldad hubo castigo de agravios, que por serlo de honra, hicieron al criminal más honrado.

La noche en que se cumplía de aquel paricidio un año, encontrábase Don Juan en su lecho recostado, luchando con la memoria de aquel suceso nefasto, cuando oyó en la habitación sonar un crojido extraño, y vio extinguirse la luz que iluminaba su cuarto. Levantándose una losa surgió del suelo una mano que, con su fosforescencia, iluminaba sus rasgos. Era la mano de Laura, bella y blanca como el ampo de la nieve; de Don Juan fuese el rostro aproximando y después de acariciarle con suavísimo contacto, mesándole los cabellos que el miedo había erizado,

volvió a ocultarse en la tierra mientras Don Juan con espanto llamaba en socorro suyo a sus deudos y criados.

Convencido ya Don Juan de que su ciego arrebató mató a su Laura inocente, hizo de ella en desagravio tan finas demostraciones de pesar y de quebranto, que ya no volvió de Laura a acariciarle la mano, ni a excitar remordimientos en su pecho conturbado.

III

Nuestras penas en el alma graban del dolor los signos, y los guarda la memoria para darnos más suplicio, tanto, que el humano pecho no podría resistirlo, si el tiempo, que trae el daño, no nos trajese el alivio, borrando nuestros pesares con la esponja del olvido. Por esta causa Don Juan, galante, joven y rico, no solo halló con los años a su pena lenitivo, sino que a nuevos amores dejó el corazón rendido y con Doña Luz de Abrantes a unirse a Toledo vino. Nadie el día de su boda le recordó su delito, de que con sus nuevos goces se había olvidado él mismo; pero, así que con su esposa de la noche en el retiro libremente se encontró oyó sonar un crujido; de nuevo la mano muerta surgió con siniestro brillo, pero, en vez de acariciar el rostro del fementido, le hizo presa en la garganta que exhaló el poster suspiro. La mano de aquella muerta probar ante el mundo quiso que las mujeres perdonan la ira que de amor da indicios mejor que las falsidades del desprecio ó del olvido.

RAFAEL TORROMÉ

NOTA.—Hasta principio del siglo XIX existió en Toledo, una calle denominada «Calle de la mano muerta.»





UNO DE TANTOS

Aunque el café era de los más espaciosos, cuando yo entré en él estaban ocupadas todas las mesas; no lejos, había otros dos establecimientos de la misma clase, en los que probablemente habría encon-

trado sitio; pero no hay ser que, en lo maniático, aventaje al hombre, y una de mis manías consiste en apurar la taza de supuesto moka, en un mismo local, y en la misma mesa, en *mi mesa*.

Habíame usurpado ésta, un individuo de edad madura, de poblada barba, sombrero hongo de ala plana, como los que llevan esos italianos vendedores de bustos de magnífico yeso, y que tienen la habilidad de hacer fraternizar, en sus manos pecadoras, á Pío IX y Victor Manuel, á Bellini y á Wagner, á Isabel la Católica y á su tocaya de Inglaterra: consorcio éste último, que constituye un colmo, pues ya es sabido que si siempre es difícil que, juntas, se lleven bien dos mujeres, las dificultades adquieren visos de imposibilidad cuando se trata de un par de eminencias con faldas.

El individuo en cuestión, pese á sus apariencias, no era italiano, sino español y andaluz, ni vendía *santi boniti é barati*, sino que consagraba su tiempo á lo que constituye la ocupación de las tres cuartas partes de los españoles: á pretender un destino. Así me lo refirió él, que era de suyo comunicativo, mientras apuraba un doble de cerveza á pequeños sorbos, y luego que yo, pidiéndole permiso, me senté á su mesa, es decir, á *la mía*, y bebí de un par de sorbos, el contenido de mi taza.

—¡Sí, señor!—decía accionando tribunicamente.—¡Estamos perdidos! ¡Irremisiblemente perdidos! ¡Tan perdidos como mi primera credencial de meritario en la Intendencia de Sevilla, documento interesante que busco, en vano, desde hace años y que sin duda habrá servido, á mi mujer, para hacerse papillotes, pues las hembras destruyen con igual prosaismo nuestros documentos y nuestras ilusiones!

—¿Y de quién es la culpa? ¡Del país que tolera los gobiernos que tenemos, y que no premian á los hombres útiles del país, como yo, pongo por caso! ¡Como yo que, cesante desde el 75, vengo solicitando en vano una dirección general, una jefatura de negociado, un nombramiento de oficial tercero, cuarto ó quinto, ó de auxiliar de cualquiera de ambas clases, ó de peatón de correos! ¡Cómo es posible que hagan la felicidad de la nación los que tan negra ingratitud demuestran?

—¿Y qué servicios les «h» prestado usted? ¿En qué se ocupa?—preguntéle cándidamente.

—¡Friolera! ¡Desde mi fatal cesantía, vivo consagrado á la restauración... de cuadros y soy profesor de esgrima! ¡A propósito! ¿puede usted hacerme el favor de dos pesetas?

—No, señor,—contesté rotundamente, comprendiendo, aunque no del todo bien, con quien me las había;—pero tendré mucho gusto, ya que le he molestado, en satisfacer su consumación.

—¡Muchas gracias! ¡Mozol! ¡El señor paga mi gastol!—exclamó él, marchándose con premura.

Poco después entregué un duro al camarero, que me dijo:

—Faltan dos pesetas, treinta céntimos: ¡ese caballero se ha bebido veintiocho reales de cerveza!

No hubo remedio: tuve que añadir medio duro al entero y salí del café renegando de mi candidez y de los profesores de esgrima. Desde entonces ¡cualquiera me hace sentarme á una mesa en que haya un individuo á quien no conozca!

ENRIQUE ÓPEZ

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 59.º de regalo, del álbum JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA AZUL

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinado del Puente Rojo, por Carlos Barbarrá.

Magdalena la Mendiga, por L. Jaccoliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jaccoliot.

Orso, por Enrique Syenkewicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Las lágrimas de Juana, por Arsenio Housaye.

La necesidad del crimen, por Julio Perrin.

Una orgía de sangre, por A. Vigny.

Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkewicz.

El secreto terrible, por Adolfo Belot.

Solos, por Pedro Zaccane.

La Salamandra, por Eugenio Sué.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

SOLEARES

Quiero llorar y no puedo; las penas que me ahogan no quieren salir de adentro.

No despiertes mis enojos. mira que nubes de sangre van cruzando ante mis ojos.

No tengo padre ni madre, y una mujer me desprecia. ¡Habrá infortunio más grande!

¡Ay! Reja de mis amores, quien pudiera ser el fondo de ese tu marco de flores.

JOSÉ DE LAVILA

LOGOGRIFO JEROGLIFICO



4623 15

NOVEJARQUE

TAPANDO AL SOL

Los doctores Paul y Fritz Sarasin, notables geólogos alemanes, manifiestan la posibilidad de que las erupciones volcánicas lleguen a producir épocas glaciarias.

Se calcula que un descenso en la temperatura media anual de 70 ó 80 grados Fahrenheit bastaría para producir todos los fenómenos de la glaciación, y la gran cantidad de polvo arrojado por la erupción del Krakatoa en 1884, que ha quedado suspendido en el aire durante años, demuestra a estos hombres de ciencia que la erupción simultánea de muchos volcanes podría de tal modo velar la luz del sol, que, haciendo bajar la temperatura, pudiera traerlos a otra edad de hielo en cualquier momento determinado.

Cual callicida es mejor ya no tiene que decir: todos saben que es del gran doctor LADIVONSIM.

TRIANGULO BIOGRAFICO



Sustituir los puntos por letras para que en direcciones horizontales y verticales se pueda leer:

1.º—Hijo de Noé.

2.º—(Marqués de) Banquero español, oriundo de Valencia.

3.º—(Duques de) En 1619 el rey Felipe III otorgó este título a don Miguel de Meneses Noroño, descendiente del intrépido guerrero don Alonzo Téllez de Meneses.

4.º—Célebre poeta español.

NOVEJARQUE

Las soluciones en el próximo número

Es tan claro como el sol que no hay laxante igual a la hoy ya sin rival Magnesia SAN-IMOL.

CANTARES

Vivo solito en el mundo al lado de una mujer, que es la peor soledad que el hombre puede tener.

Primero quema sus alas la mariposa en la luz que dejarla abandonada como me dejaste tú.

Aseguran que el Señor nos hizo de barro a todos y yo al ver tu proceder creó te hizo de lodo.

Ta amor es, como la sal que se ería entre las aguas, que tomando poco, gusta, pero con exceso amarga.

Besé tu retrato un día, me asustó su frialdad y hoy me apena doblemente tu manera de besar.

ANGEL MACÍAS

SOLUCION

Al pasatiempo del número anterior

Problema de ajedrez núm. 3

Clave: A 2AD

Demostración:

(Si R 3A) D 7CD (mate).

(Si R 3R) D 5AR (mate).

(Si R 5A ó 5D) D 3D (mate).

(Si C juega ó P 8T pide alguna pieza) D 4R (mate).

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

R. H. M.—Tarragona.—Irás la poesía.

J. C.—Oceántala.—Idem.

Cepilas Chelito.—Madrid.—Al revés de arriba.

J. A. S. M.—Madrid.—El cuento está bien, pero es más propio del día de difuntos que de este tiempo de carnaval.

M. R. de B.—La Coruña.—Cuando se publicara el cuento habría perdido ya la oportunidad.

M. C. R.—Madrid.—Todo se publicará, pero luchamos con el inconveniente de haber muchos originales y poco espacio.

L. de O.—Madrid.—Irán las poesías, pero no pronto.

N. B. A.—San Félix de Guixola.—Su cuento resulta escrito en catalán y castellano, lo cual hasta ahora no es permitido por las leyes de la república literaria.

M. P. S.—Árvalo.—Retén.

A. M.—Idem.—E idem.

Fortuguessita.—Muito bonzinho.

R. M. P.—Granada.—Crea usted que si no se ha publicado aun el artículo no es por falta de voluntad, sino de espacio, pero caso de pasar la oportunidad siempre quedará el recurso de esperar a que se marchen las oscuras golondrinas y vuelva a soplar el viento glacial. A ver, sin embargo, si podremos aprovechar aun el resto de las heladas invernales.

R. V.—Madrid.—Estaría todo muy bien si antes no hubiese escrito versos al tal Becquer.

A. R. L.—Madrid.—Me temo no habrá tiempo de publicar su bonito romance en la presente estación.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50-BARCELONA

HOLANDA



CABALLERÍA: OFICIAL DE HÚSARES